

CHARCA REDENCIÓN

1

La aridez transportada por el viento le secaba la piel; la del mundo, el alma. Se detuvo, mirando atrás. No se veía nada. Acababa de dejar un cráter de kilómetros de diámetro y no podía distinguir ni los bordes. ¿La erosión era rápida, o la cicatriz antigua? Miró alrededor. Pudo distinguir perfectamente la curvatura de aquel mundo marrón blancuzco, muerto desde hacía tanto tiempo.

—La erosión... —se ajustó los retazos de tela que le cubrían el cuello y la cara y pasó la mano por las cejas, descargando polvo transportado por el eterno viento.

Pensando en si aquel cráter pertenecería al arma celestial de destrucción que cambió el mundo, continuó su avance lastimero por aquel yermo sin fin. Si era cierto lo que dijo el moribundo, los pasos le llevarían a la última extensión de agua del planeta. “Charca Redención”, la había llamado. Si no, el trayecto no sería más que otra etapa de su vagar sinsentido. En él, había visto sobrecogedores cañones que antaño yacieron bajo el agua, colinas de suaves curvas que en su juventud fueron escarpadas montañas cubiertas de nieve, escondidos y escasos restos del paso de un animal inteligente que se extendió por la faz del joven planeta como agua derramada. Pero de ese animal, de ese depredador omnívoro desligado de su ecosistema por una inteligencia mal desarrollada, ni rastro. Algún que otro hueso, que bien podría pertenecer a otra época y a otro animal, asustadizas figuras lejanas provocadas, quizás, por espejismos y, eso sí, esporádicos moribundos abandonados por sus tribus, incapaces de continuar con la marcha hacia ninguna parte. ¿Hacia ninguna parte? ¿Y aquella supuesta extensión de agua? Si aquel desgraciado, al que ayudó a dejar aquella tierra de polvo sin futuro, tenía razón, el espectáculo iba a ser de órdago. En un principio, pensó en apoyar el cañón del arma en

su ojo y acompañar al moribundo en su camino hacia lo que hubiese después de la muerte, pero las últimas palabras pronunciadas por el mortecino personaje le cambiaron el ánimo. *Ya encararé al hacedor más tarde.* Recolectó carne y líquidos, maldijo a la tribu que derrochaba tal cantidad de bienes y se puso en marcha; los pocos *homo sapiens* remanentes, reunidos alrededor de las últimas gotas sucias de agua en estado líquido, bien atraídos por el instinto, bien por rumores, bien por la casualidad. *No está de más echar un vistazo.*

—Quién sabe... Quizás hasta haya futuro y todo —le dijo al árido viento—. ¡JA!
—se contestó, mofándose de su ingenuidad.

2

Hacía varios días de la última vez que recolectó, y el ánimo positivo del principio fue tornándose retorcido y oscuro. No. Aquella minúscula historia, dentro de la vasta extensión temporal del todo, tocaba a su fin. Selección natural, sin duda. El universo ajustando al planeta. El planeta ajustando parásitos. ¿Cómo si no explicar la concatenación irónica de coincidencias que condenó a la raza humana? Seguro que, en los tiempos antiguos, habría gente capaz de explicarle las probabilidades existentes de que un meteorito impactase en el momento justo y en el lugar adecuado como para despertar a un latente supervolcán. ¿O serían cuentos de viejas? *Qué más da.* Y qué si todas las personas con las que se cruzaba aseguraban descender de familias que sufrieron algún tipo de desastre menor, causado por eventos mayores. De que servía lamentarse del pasado. Para qué buscar la causa del fin. Un meteorito que despierta a un supervolcán que produce millares de catástrofes menores. O un dios cansado de su obra imperfecta. Lo mismo daba.

—Estamos condenados —masculló, al tiempo que escupía saliva polvorienta.

Volvió a empuñar el arma. ¿Cómo había llegado hasta su mano?

—Bueno... ¿y por qué no?

Que alguien le recolectase. Un mínimo gasto calórico en alzar el brazo, una ínfima coordinación para apoyar el cañón del arma entre los ojos, una fugaz sensación de metal frío en la piel, un espasmo del dedo índice y, *¡¡adiós muy buenas!!* ¿Habría algo después de la muerte? *No, qué tontería.* La nada siempre sería mejor que aquella bola celeste convertida en una cadena de tierras baldías saladas. Y si no, ¿qué podía ser peor que el planeta que pisaba? Estaba cansado de andar sin rumbo, de la monotonía del paisaje, de la curvatura distinguible en el horizonte, de la tierra infinita que flotaba y saltaba y se adhería, de la sal que producía una sed inapagable, de la alarmante escasez de semejantes, sin hablar de los alimentos ni del agua, y, sobre todo, de la clara ausencia de futuro.

—Vaya...

El cañón debía haber viajado solo; no recordaba haberlo apoyado en la frente.

—En fin.

Decidió cambiar el espasmo del dedo índice por una ligera fuerza constante. Ya que iba a dejar aquel mundo abandonado, al menos lo haría con un poco de suspense.

—Vaya...

Percibió un espejismo, cerca del horizonte. Varias figuras negras ondulantes danzaban alegres, esperando el incierto momento de la detonación. Mientras sonreía, decreció la fuerza del dedo. *¿Se cansaran antes de la detonación?* Una ráfaga de viento le golpeó, añadiendo más tierra a su polvorienta figura. Y también algo más.

—¿Un grito?

Le pareció que el viento transportaba entrecortados lamentos humanos. Retiró el arma de la frente, dejando el dibujo enrojecido del cañón justo entre los ojos, levantó la otra mano y la colocó a modo de visera. ¿Sería posible que el espejismo no fuese tal?

Una nueva ráfaga trajo consigo más lamentos, junto a lo que parecían carcajadas distorsionadas. *Debería ir a ver qué pasa.* Guardó el arma en su funda, sonrió y se puso en marcha, dirección a las risas y quejidos.

—Ya encararé al hacedor más tarde.

3

Raro era encontrarse por aquellas tierras a grupos de personas. Normalmente, el azar podía llevarte al lecho de muerte de algún desgraciado abandonado por su gente, bien por su incapacidad de seguir el ritmo, bien por la escasez de agua en la tribu, pero nada más. Por eso, cuando Led se acercó al espejismo que le distrajo de volarse la tapa de los sesos, no pudo hacer más que sorprenderse. Cinco eran los que, en la lejanía, se movían de un lado para otro, aunque siempre dentro de un mismo lugar. Mayor fue la sorpresa cuando estuvo lo bastante cerca como para distinguir bien a los personajes, pues si encontrarse con un grupo era difícil, dar con varios hombres que intentaban violar a otro era poco más que imposible. Led no pudo reprimir una mueca de diversión; sin duda iba a ser uno de los días más movidos de su triste vida.

—¡Estate quieta, locaza!

—¡Pero agárrale las piernas!

—¡Ay, me ha mordido!

—¡Jajaja!

—¡Dejadme en paz, brutos, que no quiero pollas!

Tan concentrado estaba el grupo en hostigar al futuro juguete sexual, que no percibieron la presencia de Led. Este observaba, desde cierta distancia, como los cuatro violadores se divertían con un pobre saco de huesos de aspecto infantil. Cuatro contra uno. Fuertes contra débil. Quizás no fuese tan malo que el planeta y sus parásitos se

fuesen a tomar viento. Desenfundó el arma, comprobó que estaba cargada con suficientes balas, separó un poco las piernas y carraspeó.

—Ejem... —tanto violadores como víctima se congelaron en sus posturas; uno de ellos con los pantalones bajados—. Me alegra ver semejantes por estas tierras —miradas de desconcierto entre los asaltantes—. No pretendo molestar, pero me preguntaba si iba todo bien por aquí.

Tras unos segundos de pausa y más miradas turbadas, respondieron.

—Sí.

—Claro.

—Sí.

—¡No!

—¿No lo parece?

—Vaya —dijo Led, con cara de concentración—, pues ahora que lo mencionas... Ese de ahí —añadió, apuntando con el arma a la raquílica víctima— no tiene muy buena pinta. ¿Es de los vuestros?

—Claro.

—Sí.

—Como un hermano.

—¡¡NO!!

—¿No lo parece?

—¡Diablos! Pues la verdad es que no —hizo una pausa para mirar a cada uno de los asaltantes a los ojos—. Quizás sea este ambiente tórrido, pero desde fuera parece que querías agrandarle el ojo del culo a base de embestidas con las pollas.

—¿Nos estás llamando maricones? —preguntó el más fuerte de ellos, dando un paso adelante.

Bien. Líder.

—La descripción que he hecho creo que se ajusta más al término violadores. Si después —añadió Led, moviendo lentamente el arma hacia el líder—, en la soledad de la noche, buscáis el cariño entre vosotros, no es mi problema. Pero esta escena, la verdad, es que sí lo es. No sé —puso cara de duda—, como que iba teniendo un día cojonudo hasta que he visto el colgajo ese de mierda que tiene tu novio.

—¡Maldito lunático! —exclamó el líder, abalanzándose hacia Led.

Bien. Ira.

Con la primera detonación, el cabecilla de la banda estrelló su rostro con el suelo, avanzando unos centímetros debido al impulso de la carrera; la parte posterior del cráneo mostraba un amasijo negruzco. En el mismo segundo, otra explosión se escuchó en el desierto, y el único asaltante que había sacado un arma se desplomó hacia atrás, marcando en el aire, con un denso hilo de sangre, su trayectoria descendente. Al segundo siguiente, el tercer vándalo, paralizado desde el inicio del altercado, sintió con estupor como algo le picaba, le empujaba hacia atrás y de su pecho nacía una mancha roja que se extendía con velocidad; no consiguió vivir lo suficiente para sentir como su cráneo se partía al dar con el suelo. Casi en el mismo instante, la última de las detonaciones tuvo lugar, y el hombre de los pantalones bajados cayó fulminado al suelo, entre gritos de dolor y horror; su entrepierna era una gran mancha de rojo oscuro.

—Tú vas a vivir un poco más, polla alegre... —dijo Led con calma, mientras recargaba la pistola.

El agredido, víctima del ansia sexual desbocada de aquella panda, miraba alrededor con incredulidad; los ojos salidos de las cuencas. Un hilillo de baba polvorienta caía de la comisura de los labios, dejando tras de sí un rastro de barro.

—¡Guau! ¡Qué matanza! —exclamó, contemplando aun los cuerpos caídos y al aullante vivo—. ¡Qué velocidad! ¡Qué puntería! —añadió, mirando a Led a los ojos—. ¡Por cierto! —dijo el raquíptico personaje—. Me llamo Nakin, estoy loco, ¡¡y te debo la vida!!

Realmente Nakin estaba loco, y además tenía innumerables tics nerviosos. Led lo descubrió a los pocos segundos de abatir a los violadores, cuando el muchacho se presentó, se levantó, abrazó a su salvador y empezó a soltar una perorata de incoherencias difícil de parar, entre miradas nerviosas y espasmos musculares, interrumpiéndose solo para golpear a los cuerpos inertes y orinar en el vivo, que no había dejado de gimotear desde que le quitaran su preciosa “arma”.

—¡No me dejéis aquí, cabrones! ¡Pegadme un tiro! —gritó el violador, cuando Led y Nakin, después de desvalijar concienzudamente y recolectar carne y líquidos, se alejaron. La única respuesta, carcajadas.

Entre toda la cascada de información y movimientos sinsentido que Nakin soltaba alegremente, Led pudo extraer retazos de la vida del muchacho. Por lo visto, no era tan joven como parecía, aunque su cuerpo se empeñase en querer mostrar lo contrario. Había nacido, como todos en aquella tierra yerma, en el seno de una tribu pequeña, en el fondo de una antigua sima abisal, rodeado de tierra, sal y viento. Pronto, la locura de Nakin afloró, convirtiendo al muchacho que alegraba los corazones en un saco de huesos estropeado, hiperactivo y molesto. Desde entonces, había vagado sin rumbo, intentando encontrar algún núcleo de cariño al que aferrase; esperanza que fue desapareciendo con el tiempo. Hasta que, una pareja que huía de él, le gritó que se fuera a Charca Redención, *por ahí*, añadieron con el dedo. Desde entonces, había caminado lo más recto posible, encontrando a otros que también hablaban de la supuesta charca de nombre Redención. Uno de esos grupos era el de los violadores, que según había podido adivinar Nakin, querían ir a ver si podían hacerse con ella.

—Y entonces me salvaste. Todo un héroe en estos tiempos. ¡Quién lo diría! Lo peor fue cuando me di cuenta de que realmente estaba loco. Siempre había pensado que los

locos no podían darse cuenta de que lo eran, pero un día, ¡¡voilà!! —repertorio de espasmos por todo el cuerpo—. Pero que esté loco y que lo sepa no significa que quiera pollas en mi culo. Intenté explicárselo a los grandotes recolectados, pero no me hicieron caso. Ya sé que soy guapo, ¡¡pero no!! —guiños violentos en los ojos—. ¡Oye! Ya que estamos andando, ¿puedo andar contigo? Si no quieres, me paro, aunque después te seguiré, porque vamos al mismo sitio. Porque vamos al mismo sitio, ¿no? ¡¡Charca Redención, allá vamos!! —sacudidas en el hombro izquierdo—. ¿O quieres violarme? No me gustan las pollas, ¿te lo he dicho? Los coños no lo sé, porque nunca he probado uno. Claro que pollas tampoco, ¡pero qué asco, tío! —un violento tirón en el cuello, que retomó la posición muy poco a poco—. ¿Tú has comido algo? ¿Es por eso por lo que quieres violarme? ¿O vamos a la Charca Redención? No me ha quedado claro. ¿Y si es más que una charca? ¿O menos? ¿Habrán querido decir “perdición” en vez de “redención”? Que faena sería. ¿Me pongo a correr ya o me espero? Por lo de violarme y tal. No me gustaría, ¿sabes? ¡¡Pero te debo la vida!! —la barbilla al cielo, a trompicones.

—Tranquilo, Nakin —respondió Led, del todo divertido—. No voy a violarte, no se han equivocado con el nombre de la charca y sí, voy a acompañarte hasta ella.

—¡¡Bien!! —los ojos cerrados con violencia, abriéndose poco a poco—. Es genial, ¿sabes?, porque mantendré el culo intacto y podré ver a más gente.

—Seguro...

—¿Te vas a quedar conmigo? ¿O yo contigo? Sin violaciones, claro. De mi parte tampoco, ¡¡qué asco!! —el brazo izquierdo recogido sobre el pecho—. No como mucho, soy bueno encontrando humedades, no me gustan la pollas y... bueno... ah, ¡¡y estoy loco!! —guiños violentos.

Led no pudo hacer más que sonreír antes de responder.

—Lo siento Nakin, pero soy más un lobo solitario...

—Yo me comía dos veces diez de lobos ahora mismo.

—...que una persona que le guste la compañía prolongada. Tengo... —añadió en voz baja, mientras acariciaba el arma— asuntos pendientes... Pero tranquilo. Seguro que en Charca Redención encuentras a alguien con quien vagar por estas tierras baldías hasta que el hacedor te reclame.

—¡¡Venga ya!! —espasmos en la pierna izquierda—. ¿Te estás quedando conmigo? ¿Te gusta reírte de los locos? Oye, no te gustarán también las pollas, ¿verdad? ¡¡Como va a haber un hacedor!! —la mano izquierda agarrotada—. Menudo churro de tío. ¿No me has visto? Para eso que se hubiese dedicado a otra cosa. Violador no, que no me gustan. Antes que a mí, podría haber hecho el hacedor caza para los no locos que no violen, digo yo. ¡¡Qué desperdicio de tiempo!! —contractura de las comisuras labiales.

5

Nakin gritaba y corría desnudo. Desde donde estaba Led, no podía distinguir lo que decía, pero seguro que sería alguna locura; que otra cosa si no.

Después de varios días agotadores de discursos inacabables y tics imposibles, llegaron a Charca Redención, para el asombro de ambos. Nakin, porque se asombraba de todo. Led, porque jamás había visto tal cantidad de humanos juntos.

—No sabía que quedasen tantos... —susurró.

La charca se encontraba en el fondo de un escarpado cráter, de un kilómetro de diámetro y fondo plano. Los humanos que habían llegado —varias centenas— se reunían alrededor del agua sucia, nada despreciable en cantidad, que se había acumulado en el fondo, supuestamente por alguna filtración del subsuelo; jamás llovía en aquella bola muerta. Parecía que ya se estaban organizando para establecerse allí y, supuso Led, organizar la gestión del recurso más valioso del planeta.

—El último recurso... —susurró desde el borde del cráter.

Nada más llegar a él, Nakin se había quedado sin habla, había sufrido un variado repertorio de espasmos y tics y se había quitado velozmente la ropa, lanzándose a la carrera por la pendiente del cráter, dirección al fondo, gritando a todo pulmón su intención de bañarse en pelotas.

En aquel momento, varios de los humanos que andaban por el borde de la extensión de agua detuvieron con aspavientos al loco que corría sin ropa hacia Charca Redención. Por lo que Led pudo ver, y lo que adivinó, ya había gente encargada de la protección del agua, pues impidieron a Nakin meter tan siquiera un pie en tan preciado bien. El muchacho, por su parte, indicaba con claros gestos que no entendía nada, y que estaba loco. Led no pudo hacer más que sonreírse.

—Aunque parece más un lago que una charca... —masculló al cabo del tiempo.

Se sentó en el borde del cráter con las piernas colgando, las manos apoyadas detrás de la espalda y los ojos cerrados. *Quizás haya esperanza después de todo*, pensó. ¿Y por qué no? Habían encontrado agua, y mucha. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie veía agua? Si se trataba de una filtración del subsuelo, ¿quién podía decir cuando se acabaría? Quizás pronto, quizás nunca, pero, al menos durante un tiempo, solo tendrían que recolectar carne. Y la gente... ni en sus mejores sueños había pensado que quedase tanto humano suelto en el yermo. Y ahora, por casualidad o lo que fuese, estaban reunidos en un mismo punto. Se iba a poder sobrevivir mucho tiempo allí abajo. *¿Quedarán más por venir? Eso sería fantástico. Redención para todos, vuelta a empezar.*

Un temblor.

—¿Pero qué...?

Un siseo grave.

Led, alarmado, abrió los ojos y se incorporó, buscando la fuente del extraño sonido. Miró alrededor y no vio nada. Miró a su espalda y no vio nada. Miró al cráter y vio el horror. El centro del lago se había convertido en una furiosa masa de enormes burbujas

que desplazaban el agua, inundando las orillas donde se había acumulado la gente. Gritos lejanos llegaron a sus oídos. Nadie había visto tanta agua en su vida; nadie sabía nadar. Los desgraciados que se encontraban justo en el borde fueron atrapados por el avance y retroceso continuo que las burbujas provocaban, condenados a una muerte horrible por ahogamiento.

—¡Tengo que ayudarlos!

Led se dispuso a saltar al cráter y correr hacia el agua. Quizás podía salvar a los que estaban más en el borde y eran incapaces de reaccionar por el pánico. *Y a Nakin.* Pero la visión le petrificó, y solo acertó a incorporarse. Sin previo aviso, los humanos de Charca Redención empezaron a doblar las rodillas, agarrándose las gargantas, alzando los brazos y cayendo fulminados al suelo, como si una masa de agua invisible les hubiese cubierto, acompañando así a los ahogados en su muerte desagradable.

—¿Qué? No puede... ¡Gas!

Las burbujas debían estar liberando algún tipo de gas letal atrapado en el fondo del lago. Este se esparcía como agua derramada, sentenciando a los indefensos humanos a una muerte agónica a manos de un verdugo invisible.

—Había esperanza... —sollozó.

Al tiempo que los últimos humanos caían como pesos muertos, Led se derrumbó de rodillas. ¿Llegaría el gas hasta él? *Y qué más da.* Definitivamente, el juego concluyó. Ni futuro, ni esperanza, ni redención; tan solo muerte. Sacó el arma y la apoyó en la sien. Esperó. Las burbujas cesaron de salir, el agua se calmó poco a poco y los cadáveres continuaron tendidos. *Quizás el gas no llegue hasta aquí.* Un atisbo de duda paralizó el dedo del gatillo. Sabía lo que tenía que hacer, que era la única salida, pero aun así... El encuentro con Nakin le había revivido una extraña sensación en su interior. Una mezcla de cariño y optimismo. Y ver a tantos semejantes juntos, felices por el hallazgo del agua... *Pero ya no queda nadie. Para que posponerlo.* Nada más había que hacer en las tierras

baldías saladas de aquel planeta maldito. Empezó a apretar el gatillo, lentamente. Al menos se iría con un poco de suspense.

—Vaya...

De nuevo, figuras ondulantes danzaban en el horizonte en señal de mofa.

—No...

Retiró el dedo del gatillo. No era un espejismo lo que estaba viendo.

—¡Quedan más!

Una tribu lejana, sin duda, en busca de la ansiada Charca Redención.

—Mejor “Perdición”...

La mención del nombre le trajo tristeza. *Pobre Nakin. Sólo quería bañarse en pelotas.* La visión de la tribu camuflada en el espejismo le trajo esperanza.

—¡Qué demonios! Alguien tendrá que avisarles del peligro —sonrió, levantándose de golpe—. Quizás no se pueda ni recolectar en este agujero maldito, y ellos no lo saben —suspiró aliviado y guardó el arma—. Ya encararé al hacedor más tarde.

Antes de partir al encuentro de sus semejantes, miró hacia el fondo del cráter. Una de aquellas siluetas negras era Nakin. Buscó en su interior, pero no consiguió encontrar los sentimientos que hacía escasos minutos le hicieron empuñar el arma. *Aquí todo se lo lleva el viento árido y lo entierra en sal. Hasta el alma...* Dio la espalda al campo de cadáveres, al agua mortífera y se apresuró al nuevo encuentro.

—Espero que no sean violadores...

Planeta Tierra, 14-10-2011

Juanje López